

por Juan Pedro Viqueira  
y Willibald Sonnleitner

*Este 20 de agosto se elegirá al futuro gobernador de Chiapas. Sin olvidar que los electores votan de diferente manera en una elección federal que en una local, puede resultar útil analizar lo que sucedió en aquel estado en los comicios del 2 de julio para imaginarse lo que puede suceder en las elecciones a gobernador.*

## Chiapas a la vanguardia

Las características más sobresalientes de las pasadas elecciones federales en Chiapas fueron el descalabro de la Alianza por México (conformada por el PRI y el PVEM) y el avance histórico de la Coalición por el Bien de Todos (PRD, PT y Convergencia), las que se disputan el primer lugar en el estado muy lejos del PAN. En la elección para presidente, López Obrador adelantó por más de 10% a Madrazo (45% contra 34.8%).\* Mejor suerte corrió la Alianza por México en la elección para senadores en donde obtuvo apretadamente el primer lugar (40.8% contra 39% para los candidatos de la Coalición). Ello se debe, sin duda, a la popularidad del candidato que encabezaba la fórmula, Manuel Velasco Coello, nieto del gobernador Manuel Velasco Suárez (1970-1976), quien —dato muy significativo— pertenece al PVEM, al igual que su compañera de fórmula. La Alianza por México obtuvo también un poco más de votos en las elecciones de diputados que la Coalición por el Bien de Todos (39.4% vs. 38.7%), lo que le permitirá tener siete diputados de mayoría relativa de un total de 12. Los cinco distritos restantes fueron para la Coalición por el Bien de Todos (ver mapa).

Hay otros aspectos de estas elecciones que vale la pena destacar. Aunque Chiapas dejó de ser el estado con menor participación electoral (ese triste lugar le corresponde ahora a Guerrero), el abstencionismo aumentó notablemente respecto a las elecciones locales para diputados estatales y presidentes municipales de 2004 (pasando del 45.6% al 51%, respectivamente). Estas cifras ponen de manifiesto un acendrado localismo de los campesinos e indígenas chiapanecos. Para ellos las elecciones locales son más importantes que las federales. Los habitantes de las ciudades (que representan el 26% de los electores chiapanecos) piensan exactamente lo contrario (véase gráfica). El abstencionismo característico de los municipios indígenas con presencia del EZLN, que llegó a desaparecer en las elecciones para gobernador en el año 2000, volvió a manifestarse al año siguiente y se mantiene estable hasta hoy. Este abstencionismo permite suponer de manera aproximativa que los simpatizantes del EZLN constituyen todavía un 5% de la población en esos diez municipios (Chenalhó, El Bosque, Larráinzar, Pantelhó, Sabanilla, Salto de Agua, Tila, Tumbalá, Simo-

jovel y Ocosingo). Dado el resultado tan cerrado en las elecciones presidenciales a nivel nacional entre Calderón y López Obrador, se puede pensar que este abstencionismo le hizo perder algunos votos cruciales al candidato de la Coalición por el Bien de Todos. Es más, los municipios con presencia neozapatista parecen ser los únicos en donde el PRI (en alianza con el PVEM) incrementa el número de votos a su favor, captando en promedio el 57% de los votos válidos. Finalmente, hay que señalar que los indígenas zoques, quienes en su mayoría se inclinaron por la Coalición, mantienen su comportamiento cívico ejemplar: con una participación promedio del 61%, son los ciudadanos chiapanecos más entusiastas a la hora de acudir a las urnas (gráfica).

El aumento de la votación a favor de los partidos que integran la Coalición por el Bien de Todos fue realmente espectacular en las ciudades (un incremento de 40 puntos porcentuales a lo menos); pero también fue muy importante en la zona rural mestiza (un 20%) y bastante más modesto en los municipios indígenas sin presencia neozapatista (un 5%). Fue también en las dos primeras en las que el voto “cruzado” se afirmó con la mayor fuerza: en las ciudades, López Obrador obtuvo 11 puntos más que la Coalición en las legislativas, siendo dicha diferencia de seis puntos en los municipios rurales y mestizos.

El PAN, por su parte, se encuentra desde 2003 totalmente estancado. El efecto Fox le permitió rebasar el 20% en las elecciones del 2000, pero desde entonces su porcentaje de votación viene reduciéndose lentamente. En esta ocasión no hubo efecto Calderón y los votos que recibió en las tres elecciones oscilaron entre el 16.6% en las de senador y el 17.8% en las de diputados. Además, el PAN —salvo contadas excepciones— no logra expandirse más allá de su área tradicional de influencia: Tuxtla Gutiérrez y sus alrededores y la franja costera del Pacífico, especialmente la región llamada Istmo-Costa. Para colmo, en 2004 perdió estrepitosamente su principal bastión, la alcaldía de Tuxtla Gutiérrez, ante el entonces candidato del PRI, Juan

\* Los datos que manejamos aquí son los del PREP, incluyendo las famosas actas inconsistentes.

Sabines, hijo del gobernador del mismo nombre (1979-1982). En esta ocasión, quedó en tercer lugar en las elecciones de diputado en los dos distritos con cabecera en la capital del estado, en los que triunfaron los candidatos de la Coalición por el Bien de Todos. Aunque fue el único partido de los tres grandes en postular a un candidato indígena en el distrito de Ocosingo, no logró atraer significativamente votos indígenas.

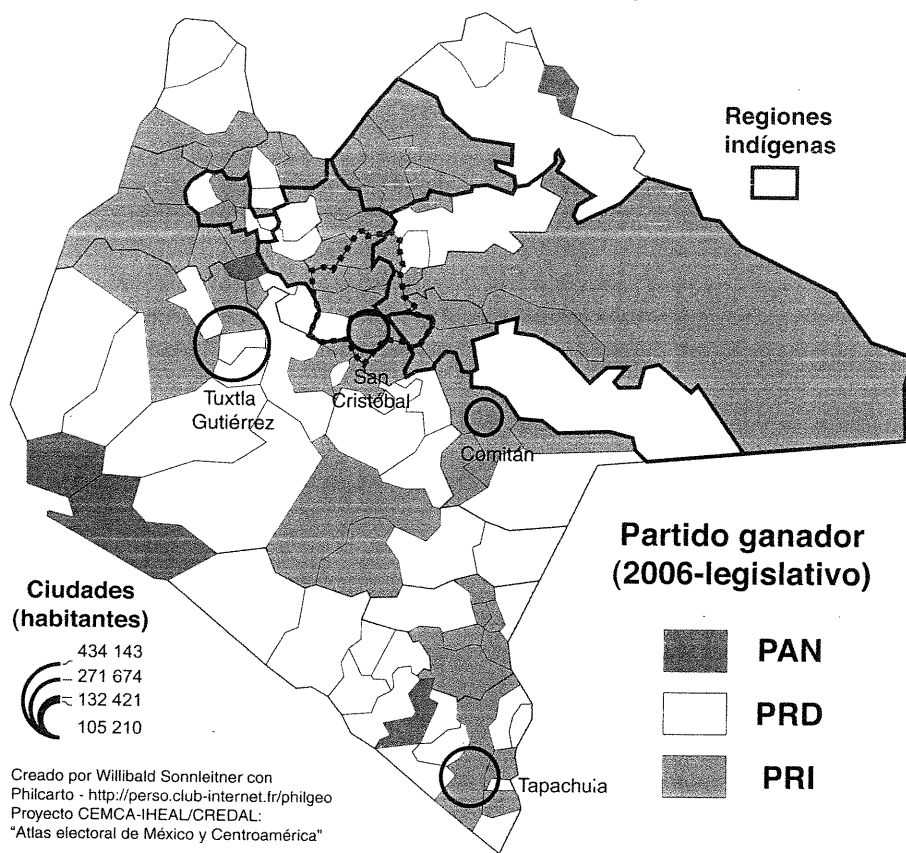
Este rápido repaso a las pasadas elecciones muestra que probablemente la elección a gobernador va a disputarse de manera muy reñida entre el candidato de la Alianza PRI-PVEM, el senador José Antonio Aguilar Bodegas, y el de la Coalición PRD-PT-Convergencia, Juan Sabines, presidente municipal de Tuxtla Gutiérrez. Sin embargo, muchos factores locales —y probablemente algunos nacionales— van a evitar que la elección de gobernador de Chiapas sea una simple calca de los comicios federales.

En el año 2000, la elección de gobernador —en la que compitieron Sami David por el PRI y Pablo Salazar por una coalición del PRD, PAN, PVEM, PT y otros partidos pequeños— se convirtió en una batalla entre la permanencia del PRI en la gubernatura o la alternancia política. La de este año parecía, en un principio, que giraría entre la continuidad del proyecto “pablista” o el regreso del PRI. Sin embargo, las peripecias de las precampañas han enturbiado tal disyuntiva hasta volverla irreconocible. Hasta hace unas semanas, los comicios parecen más bien enfrentar a distintas facciones del PRI, contando una de ellas con la simpatía del actual gobernador. Sin embargo, podrían convertirse ahora —tras las elecciones presidenciales tan reñidas que hemos vivido— en una especie de ensayo estatal sobre un posible gobierno nacional de coalición del PAN y del PRI.

Para entender los distintos significados que puede adquirir la elección de gobernador, es necesario remontarse a lo sucedido durante las precampañas. Probablemente, el sueño político de Pablo Salazar era que la alianza que lo llevó al poder en el año 2000 se volviera a formar y postulara a su secretario de gobierno, Rubén Velázquez, y que el

PRI, por su parte, tuviera como candidata a Juan Sabines. De esa manera, ganara quien ganara, el nuevo gobernador sería un allegado suyo. Puede parecer extraño que un presidente municipal del PRI sea considerado cercano a un gobernador elegido por una alianza antiPRI, pero no hay que olvidar que Pablo Salazar ha logrado ejercer una gran influencia y hacerse de aliados no sólo entre los partidos que lo apoyaron en su candidatura, sino incluso en el PRI estatal. Así obtuvo el apoyo de muchos diputados priistas para sus iniciativas de ley. Algunos de éstos llegaron, incluso, a aprobar reformas que perjudicaban a su propio

debilitamiento extremo de los partidos políticos a nivel estatal, sin los cuales no puede existir una auténtica democracia—, la sucesión de Pablo Salazar empezó a complicarse. El convenio que a nivel nacional estableció la coalición PRD-PT-Convergencia incluyó una cláusula que prohibía a los tres partidos participantes aliarse con otros en elecciones locales de 2006. Esto cerró las puertas a una alianza “pablista” que incluyera al PAN. Su secretario de gobierno, Rubén Velázquez, se afilió entonces al PRD. Sin embargo, no lograba despegar en las encuestas de posibles candidatos a gobernadores. Para colmo,

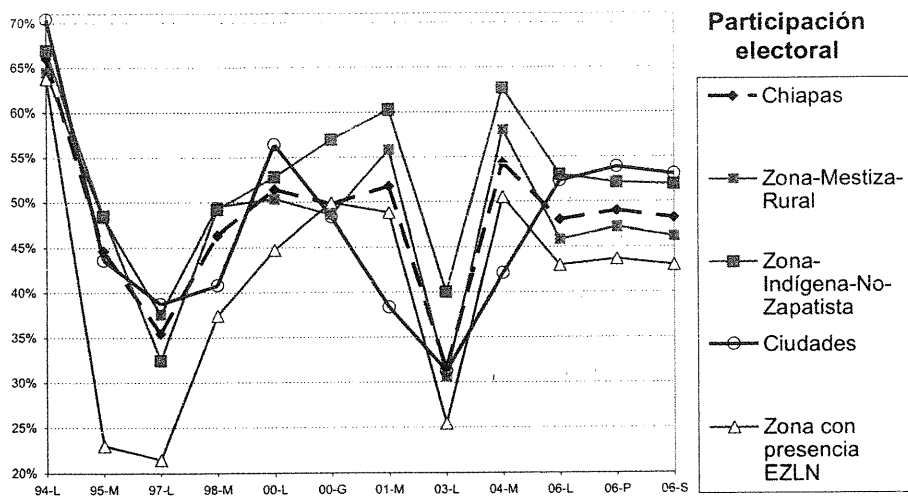


partido —como un nuevo régimen interno del Congreso local, que finalmente fue declarado anticonstitucional por la Suprema Corte—, lo que les valió la expulsión de éste. Al mismo tiempo, el gobernador se rodeó de algunos priistas que habían colaborado con Patrocinio González Blanco y de cuadros nacionales del PRD (cercanos, en aquel momento, a Rosario Robles), y mantuvo relaciones privilegiadas con Vicente Fox.

A pesar de tal capacidad para forjar alianzas —cuya contra parte ha sido un

el anterior secretario de gobierno y actual diputado externo del PRD, Emilio Zebadúa, quien había dejado su cargo en el gobierno estatal para ser electo legislador federal en 2003 —lo que le valió la animosidad del gobernador— competía por la candidatura de la Coalición, a pesar de que se reformó la constitución estatal para aumentar el número de años de residencia efectiva en el estado para poder ser gobernador (de cinco a ocho), reforma que parecía estarle dedicada.

El PRI, por su parte, propuso definir



a su candidato mediante una elección abierta a todos los ciudadanos. Manifestaron su interés en participar en ella el senador José Antonio Aguilar Bodegas, el alcalde Juan Sabines y el ex gobernador Roberto Albores Guillén (1998-2000), quien al haber sido gobernador sustituto no tenía impedimento legal alguno para repetir en el cargo. Sin embargo, sorpresivamente, la dirigencia nacional del PRI anuló la convocatoria a las elecciones primarias y nombró a un candidato de “unidad” —Aguilar Bodegas—, lo que provocó una fractura en el partido. Juan Sabines renunció al PRI y unas horas después fue nombrado candidato a gobernador por la Coalición por el Bien de Todos. Rubén Velázquez obtuvo el primer lugar en la fórmula de senadores, y Emilio Zebadúa rompió sus relaciones con el PRD.

El PAN pensó aprovechar las fracturas de los partidos rivales y consideró seriamente la posibilidad de postular, ya fuera a Emilio Zebadúa, ya fuera a Roberto Albores. Finalmente, optó por un candidato de casa y registró la candidatura de Francisco Rojas, ex alcalde de Tuxtla Gutiérrez (1999-2001). Emilio Zebadúa fue postulado por el Partido Nueva Alianza. Aunque el Instituto Estatal Electoral (IEE) rechazó su registro alegando, entre otras cosas, que no cumplía con el número de años de residencia efectiva en el estado para poder ser gobernador, apeló ante el TRIFE y obtuvo un fallo favorable que le ha permitido arrancar, con retraso, su campaña.

Ni siquiera el nuevo partido Alterna-

tiva Socialdemócrata y Campesina se libró de las divisiones internas, reflejo de las que existían a nivel nacional. Así cada una de las facciones intentó registrar a su propia candidato, pero finalmente el IEE dio por válida la candidatura externa de Roberto Gómez Maza, que contaba con el apoyo del ala socialdemócrata. Gómez Maza, ex seminarista y médico reconocido de Tuxtla Gutiérrez, fue militante del PMT, del PMS y fundador del PRD en Chiapas y se destacó por ser un firme defensor de los métodos pacíficos y legales en los complicados años entre 1994 y 2000. En diciembre de ese año, rompió con su partido a raíz de que el gobernador Pablo Salazar se negó a darles puestos de importancia en su gabinete a los cuadros locales del Sol Azteca. Ahora milita en el heterogéneo Frente Ciudadano Independiente donde conviven partidarios de Cuauhtémoc Cárdenas, miembros de Alternativa y simpatizantes de la “Otra Campaña” neozapatista.

Inesperadamente, cuando no quedaban candidaturas vacantes, Albores Guillén —quien sigue en el PRI— dio a conocer su “Declaración de Comitán”, verdadero plan de gobierno. Una semana después, el candidato de la Coalición, Juan Sabines, se sumó a esta “Declaración de Comitán” y, en contra parte, Albores llamó a sus seguidores a votar por López Obrador. La sorprendente noticia recibió poca difusión a nivel nacional; pero no ha dejado de provocar malestar en las filas del PRD nacional y estatal: el denostado ex gobernador es ahora

un importante aliado local del partido del Sol Azteca. Además, el hecho de que Juan Sabines cuente con el apoyo tanto de Pablo Salazar como de Roberto Albores —hasta hace poco, enemigos políticos— ha despertado la imaginación de los comentaristas y “enterados” que no se cansan en adelantar todo tipo de historias, unas más turbias que otras, para explicar tan insólita alianza política.

Mientras, el desconcierto reina entre los ciudadanos que se sentían mínimamente identificados con algún partido político. Los priistas no saben si apoyar a Aguilar Bodegas o seguir los consejos de Albores y votar por Juan Sabines. Los perredistas —especialmente los militantes de la CIOAC, organización campesina que constituye en gran medida la base social del partido en el campo— se preguntan si pueden votar por el hijo del gobernador que los reprimió duramente y que hasta hace unos días militaba en el PRI. Incluso los “pablistas” tienen dudas sobre la alianza estratégica con Albores Guillén. Finalmente, no todos los seguidores de Nueva Alianza votarán por Emilio Zebadúa. Tal vez algunos prefieran hacerlo por el candidato del PRI, dada la conocida cercanía de Aguilar Bodegas con Elba Esther Gordillo.

El fiel de la balanza pueden llegar a ser los electores del PAN que saben perfectamente que su candidato no tiene la menor posibilidad de obtener la victoria: ¿Se mantendrán fieles a su partido a pesar de la derrota anunciada de Francisco Rojas? ¿Votarán por Juan Sabines quien desplazó a su partido del ayuntamiento capitalino, pero que tiene el apoyo del actual gobernador, amigo de la actual dirigencia estatal blanquiazul y de Vicente Fox? ¿O preferirán votar por el PRI —instituto político contra el cual se constituyó históricamente el PAN—, pero con cuyo candidato no tienen motivos locales de agravio y del que se dice guarda buenas relaciones con Felipe Calderón desde que los dos coincidieron en el Congreso? La respuesta la tendremos el 20 de agosto; pero desde ahora podemos adelantar que Chiapas está a la vanguardia, no se sabe muy bien si de la descomposición o de la recomposición de los partidos políticos en México. ■